



La roja insignia del valor

Stephen Crane

*Traducción de Juan Aparicio-Belmonte
y María Ermitas Barrasa*





La roja insignia del valor

Stephen Crane

*Traducción de Juan Aparicio-Belmonte
y María Ermitas Barrasa*



REY LEAR [6]

LA ROJA INSIGNIA
DEL VALOR
[UN EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL AMERICANA]



Titulo original: THE RED BADGE OF COURAGE, 1895

Edita: REY LEAR, S.L.

www.reylear.es

© Rey Lear, S.L.

© De la traducción, Juan Aparicio-Belmonte y María Ermitas Barrasa, 2007

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© REY LEAR, S.L.

© Ilustración de cubierta de Frederic Remington,
Through the Smoke Sprang the Daring Soldier, 1897

ISBN: 978-84-92403-66-0

Diseño y edición técnica: Jesús Egido

Producción: REY LEAR

Los eBooks no son transferibles. No pueden ser vendidos, compartidos o regalados ya que esto constituye una violación a los derechos de esta obra. El escaneo, carga y distribución de este libro vía Internet o vía cualquier otro medio sin el permiso del editor es ilegal y castigado conforme a la ley. Por favor compre solamente ediciones electrónicas autorizadas y no participe o fomente la piratería electrónica de materiales protegidos con derechos de autor.

LIBRO SIN LIBRO, 2011

www.librosinlibro.es

LA ROJA INSIGNIA
DEL VALOR

[UN EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL AMERICANA]

Stephen Crane

Traducción de Juan Aparicio-Belmonte
y María Ermitas Barrasa



PRESENTACIÓN

STEPHEN CRANE (1871-1900) aún no había nacido cuando en 1865 acabó la Guerra Civil Americana, que enfrentó a los industriales estados del Norte con los de un Sur agrícola, que asentaba su economía en la explotación del obrero negro y la esclavitud.

Y, sin embargo, pese a no haber presenciado aquellas batallas donde los soldados sangraban y morían bajo los cañonazos de la artillería, *La roja insignia del valor* (1895) parece ser la novela de un testigo directo de aquellos horrores. El realismo de los detalles que describe entre las trincheras impresionó tan poderosamente a los lectores que medio mundo se rindió a su destreza novelística y el libro se convirtió en un best-seller.

Desde Inglaterra, Joseph Conrad escribía a propósito de *La roja insignia del valor* que, «durante el transcurso de mi lectura de aquel librito, merecedor por entonces de un reconocimiento tan ruidoso, había ido creciendo mi interés por la personalidad de su autor. La imagen de un joven sencillo e inexperto, que a consecuencia de las necesidades de su país se convierte en una pieza de la gran máquina de la guerra, era presentada con un planteamiento tan serio, un sentido de lo trágico y una fuerza de expresión tan imaginativa, que me causó un enorme impacto, al encontrarme con algo de todo punto extraordinario y digno de admiración sin reservas».

Conrad y Crane se conocieron durante un almuerzo en Londres. El norteamericano acababa de leer *El Negro del Narcissus* y, pese a que nunca había sido un gran lector, la novela le había gustado. Conrad describe a Crane como «un joven de estatura media y complexión leve, de penetrantes y firmes ojos azules, los de alguien que no sólo ve visiones sino que es capaz de cavilar sobre ellas con algún propósito».

«Poseía una intuición maravillosa —continúa el autor de *El Negro del Narcissus*—, que aplicó a las cosas de nuestra tierra y de nuestra humanidad mortal con una fuerza incisiva que parecía llegar al verdadero espíritu de la esencia de la vida, más allá de sus apariencias formales. Su ignorancia del mundo en general —había visto muy poco de él— no se interponía en el camino de su imaginativa captación de los hechos, acontecimientos y personajes pintorescos. Su tenor era muy tranquilo, su personalidad interesante a primera vista y su forma de hablar encerraba una parsimonia y entonación que en algunas personas, principalmente en los americanos, creo que ejercía un efecto desagradable. A mí no. Cualquier cosa que dijera llevaba un acento personal y se expresaba con una simplicidad gráfica extremadamente encantadora. Sabía poco de literatura, ya fuera de su propio país o extranjera, pero cuando tomaba la pluma era un fantástico artista de las palabras. Desvelaba entonces su don, que se revelaría como algo más que la mera facilidad o felicidad de lenguaje. El impresionismo de su frase calaba mucho más hondo de la superficie. Estaba muy seguro de los efectos de su escritura. No creo que dudara jamás de sus posibilidades. Con todo, a menudo me parecía que sólo apreciaba a medias la excepcional calidad de sus logros».

La misma atracción que Conrad sintió por Crane la experimentaron también Henry James, Ford Madox Ford o H. G. Wells. Aunque tal vez ninguno de ellos se diera cuenta de que *La roja insignia del valor* era algo más que una buena novela con éxito. Porque había logrado crear un subgénero narrativo, el del relato bélico donde lo que prima no es la épica romántica sino la injusticia salvaje del campo de batalla, la crueldad de la muerte que llega por sorpresa entre el miedo y la suciedad del frente. Tendrían que pasar décadas para que el magisterio de Crane fuera comprendido en todas sus dimensiones por autores como John Dos Passos, William Faulkner, Ernest Hemingway, E. E. Cummings, Norman Mailer, Kurt Vonnegut o Erich Maria Remarque.

Para entonces, Crane ya estaba frío en su tumba, después de haber contemplado poco antes de su muerte, y desde primera línea de fuego, la brutalidad y el desconcierto de la batalla en la guerra greco-turca y en la que enfrentó a España y los Estados Unidos de América en Cuba durante 1898. A ambas asistió en calidad de periodista, como enviado especial, y de ésta última escribió los magníficos relatos recopilados en *Heridas bajo la lluvia*, volumen publicado por REY LEAR en el número 1 de esta colección.

Poco antes de su muerte, Conrad volvió a encontrarse con Crane. «Fue en Dover, en un gran hotel, en una habitación con un amplio ventanal que se abría sobre el mar. Había estado muy enfermo y Mrs. Crane [se refiere a su compañera, Cora Stewart-Taylor] lo llevaba a algún lugar de Alemania. Pero una mirada a aquel rostro morbosamente adelgazado fue bastante para convencerme de que era la esperanza más vacía que pudiera haber. Las últimas palabras que me dirigió con aliento entrecortado fueron: “Estoy cansado. Transmíteles mi afecto a tu mujer y a tu

hijo". Cuando me detuve junto al umbral para darle un último adiós vi que había vuelto su cabeza sobre la almohada y que miraba fijamente por la ventana las velas distantes de un cúter, que cruzaba lentamente ante el vano como una sombra difuminada contra el cielo gris».

Herido de muerte por la tuberculosis, Cora Stewart-Taylor logró ingresarle en un hospital de la localidad alemana de Badenweiller, donde ya nada se pudo hacer. Murió allí en 1900 a los 28 años de edad. En el mismo lugar donde también fallecería cuatro años después el gran escritor ruso Antón Chéjov. Es curioso, no hay constancia de que Crane hubiera leído jamás a Chéjov, pero se consideraba discípulo de un amigo y admirador de éste, León Tolstoi.

EL EDITOR

LA ROJA INSIGNIA
DEL VALOR

[UN EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL AMERICANA]



CAPÍTULO 1

EL FRÍO SE RETIRABA de mala gana de la tierra y, al desvanecerse, la niebla reveló a un ejército que descansaba acampado en las colinas. A medida que el paisaje pasaba del marrón al verde, el ejército se despertó y comenzó a estremecerse de ansiedad ante la propagación de rumores. Fijaba la mirada en los caminos, que dejaban de ser largos lodazales casi líquidos para transformarse en auténticas carreteras. Un río, de tonalidad ambarina bajo la sombra de sus orillas, murmuraba a los pies de los soldados; y por la noche, cuando la corriente se transformaba en una negrura triste, se podía divisar el brillo rojizo, parpadeante, de las hogueras del campamento enemigo, apostado en las cimas bajas de las lejanas colinas.

De pronto, un soldado de gran estatura se sintió diligente y bajó a lavar una camisa. Regresó a toda prisa desde el arroyo ondeando la prenda como si fuera una bandera. Traía noticias que le había transmitido un amigo de confianza, quien, a su vez, las había recibido de un honesto soldado de caballería, que también las había escuchado de un hermano fiable, uno de los ordenanzas del cuartel general. Al hablar, se dio la importancia de un heraldo ataviado de grana y oro.

—Mañana nos movemos seguro —dijo pomposamente a un grupo que se encontraba en la calle principal de la compañía—. Vamos a remontar el río, lo cruzaremos y les rodearemos por detrás.

Detalló a su atenta audiencia el llamativo y elaborado plan de una brillantísima campaña. Cuando terminó, los hombres de azul se dispersaron para discutir en pequeños grupos entre las filas de barracas chatas y pardas. Un carretero negro, que había estado bailando sobre un embalaje de galletas ante cuarenta soldados que le jaleaban entre risas, se vio abandonado. El hombre fue a sentarse con tristeza. El humo se dispersaba perezosamente desde multitud de pintorescas chimeneas.

—¡Eso es mentira! ¡Es una patraña! —gritó otro soldado. Su rostro suave había enrojecido y tenía las manos hundidas con mal humor en los bolsillos del pantalón. Se había tomado el asunto como una afrenta personal—. Este maldito y viejo ejército no va a salir en la vida. Estamos listos. Me he preparado para salir ocho veces en las dos últimas semanas, y nunca nos hemos movido.

El soldado alto se sintió obligado a defender la autenticidad del rumor que él mismo había propagado. La controversia hizo que ambos casi llegaran a las manos.

Un cabo comenzó a quejarse ante el grupo. Acababa de poner un costoso suelo de madera en su barraca, dijo. Y a principios de la primavera se había abstenido de aumentar significativamente la comodidad de su morada porque creyó que el ejército emprendería la marcha en cualquier momento. Sin embargo, últimamente tenía la impresión de que se encontraban en una especie de campamento perpetuo.

Muchos de los hombres se enzarzaron en una acalorada discusión. Uno resumió con peculiar lucidez todos los planes del general al mando. Se le enfrentaron quienes defendían que los proyectos de campaña eran otros. Se gritaban, muchos intentaban en vano llamar la atención de la

asamblea. Mientras, el soldado que había propagado el rumor se paseó de un lado para otro con aires de grandeza.

Le llovían preguntas de todas partes:

—¿Qué ocurre, Jim?

—El ejército va a salir.

—¿De qué hablas? ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, puedes creerme o no, tú verás. Me importa un rábano.

La manera en la que respondía daba que pensar. Al no dignarse a proporcionar ninguna prueba, llegó casi a convencerlos. El asunto encendió los ánimos.

Un soldado joven había estado escuchando con ansiedad las palabras del soldado alto y los diversos comentarios que habían suscitado en sus compañeros. Cuando se hartó de discusiones sobre marchas y ataques, se dirigió a su barraca y se arrastró a través del intrincado agujero que hacía de puerta. Deseaba rumiar a solas ciertos pensamientos que le asaltaban últimamente.

Se echó en la amplia litera que se extendía al fondo de la habitación. En el otro extremo de la estancia, varios embalajes de galletas servían de mobiliario. Se hallaban agrupados cerca de la chimenea. En la pared de troncos descansaba la foto de una revista semanal y, colgados de ganchos, tres rifles se alineaban en paralelo. Varias piezas del equipo pendían de unos salientes situados al alcance de la mano, y algunos platos de hojalata reposaban sobre una pila de leña. Una tienda de campaña plegada les servía de techo.

La luz del sol, al caer sobre ella, le confería un brillo amarillo claro. Un ventanuco arrojaba un cuadrado oblicuo de luz invernal sobre el suelo abarrotado. El humo de la hoguera en ocasiones se salía de la chimenea de arcilla e inundaba la estancia. Aquella endeble chimenea de arcilla y

ramas amenazaba constantemente con prender fuego a todo la barraca.

El joven pasaba por una especie de pequeño trance de estupor. Así que, finalmente iban a luchar. Tal vez, al día siguiente habría una batalla, y él tomaría parte en ella. Le costó tiempo y esfuerzo hacerse a la idea. No podía aceptar del todo el presentimiento de que estaba a punto de tomar parte en uno de los grandes conflictos de la Tierra.

Por supuesto que había soñado con batallas toda su vida, con vagos y sangrientos conflictos cuyo fuego y devastación le sobrecogieron el ánimo. Se había imaginado en numerosas contiendas. Había fantaseado con la idea de que las gentes hallaban seguridad bajo la sombra de su valor y su mirada de lince. Pero, despierto, veía las batallas como manchas sangrientas en las páginas del pasado. Las tomaba por cosas del ayer, asociadas a fabulaciones de pesadas coronas y altos castillos. Había una parte de la historia del mundo que él consideraba como el tiempo de las guerras, pero ese tiempo, creía, había desaparecido para siempre.

Desde su hogar, sus ojos juveniles habían contemplado con desconfianza la guerra en su propio país. Debía de tratarse de una especie de teatro. Hacía ya mucho tiempo que había perdido la esperanza de presenciar una batalla al estilo griego. Aquello no volvería a ocurrir, se había dicho. Los hombres eran mejores o más medrosos. La educación seglar y religiosa había eliminado el instinto de agarrarse por el gacinate. O, tal vez, era la solidez de la economía la que mantenía controladas las pasiones.

Había deseado alistarse muchas veces. Los relatos sobre grandes gestas zarandeaban el país. Podían no ser precisamente homéricas, pero aún así parecían gloriosas. Había leído sobre marchas, asedios, conflictos, y había soñado presenciar todo aquello con sus ojos. Su agitada

mente había dibujado grandes cuadros de extravagante colorido, refulgentes de hazañas que quitaban el aliento.

Pero su madre le había desalentado. Mostraba cierto desprecio hacia la calidad de su ardor guerrero y su patriotismo. Era capaz de sentarse tranquilamente y, sin aparente dificultad, enumerar cientos de razones por las que resultaba mucho más necesario en la granja que en el campo de batalla. Se había expresado de tal manera que él comprendió que sus palabras provenían de una convicción profunda. Estaba convencido, además, de que las argumentaciones de su madre tenían un fundamento ético inatacable.

Al final, sin embargo, se había rebelado con firmeza contra aquella postura que pretendía empalidecer el color de sus ambiciones. Los periódicos, los cotilleos del pueblo, sus propias fabulaciones, le habían entusiasmado hasta extremos incontrollables. Se estaba combatiendo de verdad allá abajo. Casi cada día los periódicos daban cuenta de una victoria decisiva.

Una noche, cuando se encontraba en la cama, el viento le trajo el tañido de la campana de la iglesia. Algún entusiasta daba frenéticos tirones a la cuerda para propagar la noticia tendenciosa de una gran batalla. Aquella voz del pueblo entusiasmado en la noche le hizo vibrar en un prologado éxtasis de emoción. Luego acudió a la habitación de su madre para decirle:

—Madre, me voy a alistar.

—Henry, no seas tonto —le contestó su madre.

Después se cubrió la cara con el edredón.

Y el asunto quedó zanjado por esa noche.

Sin embargo, a la mañana siguiente se dirigió a un pueblo que se encontraba cerca de la granja de su madre y allí se alistó en una compañía que estaba formándose. Cuando

volvió a casa su madre estaba ordeñando la vaca pinta. Otras cuatro esperaban.

—Madre, me he alistado —le anunció, cohibido.

Se produjo un silencio breve.

—Que se haga la voluntad del Señor, Henry —respondió ella finalmente, y continuó ordeñando la vaca pinta.

Al permanecer de pie en la puerta de entrada con el uniforme de soldado a la espalda y un fulgor ansioso y expectante en sus ojos, que casi derrotaba el brillo de añorante congoja hacia los lazos familiares, pudo ver cómo dos lágrimas dejaron su estela en el rostro ajado de su madre.

Aún así, le decepcionó que no le dijera nada sobre «volver con su escudo o sobre él^[1]». Íntimamente se había preparado para una hermosa escena. Había preparado algunas frases que pensaba que podrían tener un efecto conmovedor. Pero las palabras de ella arruinaron sus planes. Continuó pelando patatas con obstinación y le dijo:

—Ve con ojo, Henry, y cuídate mucho en ese asunto de la guerra..., ve con ojo y cuídate mucho. No creas que puedes acabar con todo el ejército rebelde a la primera, porque no es así. No eres más que un muchacho entre tantos otros, y tendrás que permanecer callado y hacer lo que te manden. Yo sé cómo eres, Henry.

»Te he tejido ocho pares de calcetines, Henry, y te he metido tus mejores camisas, porque quiero que mi chico esté tan abrigado y cómodo como cualquiera del ejército. En cuanto les salgan agujeros quiero que me los mandes inmediatamente, para que pueda remendarlos.

»Y ten cuidado también al elegir compañía. Hay muchos hombres malos en el ejército, Henry. El ejército los vuelve salvajes y lo que más les gusta es descarriar a jóvenes como tú, que casi no han salido de casa y que además

tienen una madre, y enseñarles a beber y a blasfemar. Mantente alejado de esos tipos, Henry. No quiero que hagas nada, Henry, que te avergüence contarme. Tú actúa como si yo te estuviera viendo. Si tienes eso siempre en mente, creo que todo te irá bien.

»Debes también acordarte siempre de tu padre, hijo, y recuerda que no bebió ni una gota de licor en su vida, y que casi nunca blasfemó.

»No sé qué más decirte, Henry, excepto que nunca te achantes por mí, hijo. Si llega el momento en el que tienes que elegir entre morir o hacer algo mezquino, piensa sólo en hacer lo correcto; porque hay muchas mujeres que tienen que soportar cosas así en estos tiempos; y el Señor cuidará de todas nosotras.

»No te olvides de los calcetines y las camisas, hijo, y te he puesto un tarro de mermelada de mora en el fardo, porque sé que es lo que más te gusta. Adiós, Henry. Ten cuidado y pórtate bien.

Por supuesto, él se mostró impaciente ante el sermón. No había sido lo que esperaba, y lo había soportado con un aire de irritación. Se marchó experimentando un vago alivio.

Cuando miró hacia atrás desde la verja, vio a su madre todavía arrodillada sobre las mondas de patata. Su cara curtida, erguida, estaba empapada en lágrimas; y su enjuta figura, trémula. Él bajó la cabeza y continuó su camino, sintiéndose de repente avergonzado de sus planes.

Desde su casa se dirigió a la escuela para decir adiós a sus compañeros de estudios. Se apiñaron a su alrededor con sorpresa y admiración. Consciente del abismo que ahora les separaba, le invadió un orgullo sereno. Tanto a él como a otros compañeros que también habían tomado el uniforme azul, les abrumaron con honores durante toda la tarde; fue algo enormemente agradable. Cuánto se pavoneó.

Cierta chica de pelo rubio se burló alegremente de su espíritu marcial, pero él reparó en otra chica de pelo más oscuro, a la que miró fijamente, y que le había parecido que adoptaba una expresión grave y triste ante el azul y el bronce de su uniforme. Mientras marchaba por el camino entre las hileras de robles, volvió la cabeza y la divisó en una ventana contemplando su partida. En cuanto él la miró, ella desvió la vista hacia el cielo, sobre las altas ramas de los árboles. Percibió mucha turbación y apuro en ese cambio de actitud. Ahora lo recordaba a menudo.

Camino de Washington su ánimo mejoró. El regimiento recibía alimentos y atenciones estación tras estación y el joven llegó a creerse que era un héroe. Se trataba de un generoso derroche de pan y carne fría, café y pepinillos y queso. A medida que se deleitaba con la sonrisa de las chicas y las felicitaciones y palmaditas en la espalda de los viejos, sintió que crecía en su interior la fuerza necesaria para realizar imponentes hazañas bélicas.

Después del complicado viaje, con innumerables paradas, llegaron meses de vida monótona en un campamento. Había imaginado la guerra como una serie de luchas a muerte con poco tiempo para comer y dormir; pero desde que su regimiento llegó al campamento, el ejército no había hecho otra cosa que permanecer con los brazos cruzados y tratar de guarecerse del frío.

Poco a poco volvió sobre sus viejas ideas. Las batallas al estilo griego ya no existían. Los hombres eran mejores o más medrosos. La educación secolar y religiosa había eliminado el instinto de agarrarse el gajate, o bien, la solidez de la economía mantenía controladas las pasiones.

Terminó por verse como una mera pieza de una vasta manifestación azul. Su cometido era cuidar, en la medida de lo posible, de su propio bienestar. Para entretenerse podía

hacer girar los pulgares uno sobre el otro y así especular sobre qué pensamientos perturbarían las mentes de los generales. Estaban, además, las permanentes llamadas a la instrucción y más instrucción y los pases de revista y más pases de revista.

Los únicos enemigos que vio fueron algunas patrullas de centinelas a lo largo de las riberas. Eran un grupo meditabundo y de piel curtida por el sol, que de vez en cuando disparaba contra las patrullas azules. Cuando se les reprochaba este hecho, generalmente expresaban pesar y juraban en nombre de sus dioses que las armas se les habían disparado accidentalmente. Una noche en la que estaba de guardia, el joven conversó con uno de ellos desde la orilla opuesta. Se trataba de un hombre algo harapiento, que escupía con destreza entre sus botas y que poseía grandes dosis de desenvoltura infantil y suave.

Al joven le gustó aquel hombre.

—Yanky —le dijo el otro—, eres un buen tipo.

Este sentimiento, que flotó hacia él en el aire quieto, por un instante le hizo lamentar la guerra.

Los veteranos le habían contado historias. Algunos hablaban de hordas grises de bigotudos de inefable valentía, que marchaban mascando tabaco y lanzando implacables blasfemias; tremendos cuerpos de fieros soldados que lo arrasaban todo como auténticos hunos. Otros mencionaban a hombres andrajosos, siempre hambrientos, que disparaban con desánimo.

—Serían capaces de atacar el fuego y el azufre del infierno por una mochila, y estómagos así no pueden durar mucho —le dijeron.

A raíz de estos relatos, el muchacho se figuró huesos vivos y rojos que sobresalían de entre las rasgaduras de los uniformes raídos.